

dificultades para una reconciliación, se llamó al conde Ruíz y éste se conformó en olvidar todo lo ocurrido; pero los jefes militares, Checa, Angulo y Aimerich exigieronle al conde que destituyera todas las autoridades revolucionarias, lo que hizo al fin en 9 de Noviembre, terminando con esto un movimiento mal dirigido y organizado, pero no por esto quedó apagado el fuego que lo producía, ni los quinientos hombres que el virey del Perú, Abascal, mandó á Ruíz al mando de Arredondo habían de ser bastantes á conseguirlo, ni menos tampoco la energía del conde al descubrir una nueva conspiración, de la que resultó el encarcelamiento de Salinas y la fuga de Montufar.

Posible es que ahora no hubiese existido tal conspiración mas que en la mente de los intransigentes, que no comprendían que el conde Ruíz mantuviera á su lado á los revoltosos y no fueran molestados por sus actos pasados; posible es que el débil presidente, cediendo al tumulto de los irritados funcionarios, cediera al fin, y faltando á su palabra principiara una pesquisa ó persecución injusta; Torrente, dice: «A fines de 1809 había hecho el conde Ruíz de Castilla, una pesquisa general de los reos de la primera revolución á pesar de la palabra que había dado á los revoltosos de cubrir con un denso velo sus pasados desaciertos.» Admitiendo, pues, conspiración de un lado y persecución del otro, creemos no transigir sino poner las cosas en su puesto. De todos modos Ruíz de Castilla, faltando á su palabra, extendiendo sus pesquisas hasta á gentes que no conspiraban, había de producir y produjo la temible irritación que causa la injusticia, cuya explosión es conocida en tiempos de alteraciones políticas.

Hubo esta conducta del conde de disgustar al virey de Santa Fe, que se apresuró á sustraer á la acción de los tribunales de Quito á estos nuevos ó presumidos conspiradores, llamando á sí la causa que se les formó, con cuya conducta no hizo más que aumentar la irritación de los quiteños por lo que decían de ellos y del virey los intransigentes. Todo, pues, conspiraba en favor de un nuevo alzamiento, y este estalló el día 2 de Agosto, á la una y media de la tarde quedando dominado á las cinco y media. Durante estas cuatro horas no se hizo más que matar y Arredondo, Angulo y demás jefes militares pudieron á su sabor vengarse en los hombres de la primera revolución.

Creyóse después de tan tremendo castigo asegurada la tranquilidad, y como los limeños de Arredondo fueran objeto de todas las antipatías dispuso

el conde Ruíz que éste regresara á su destino, saliendo en efecto para Guayaquil, esto cuando se acercaba la revolución organizada á Quito.

Montufar tenía un hijo llamado Carlos quien supo aparentar tan grande celo por la causa del orden, que se le mandó de comisionado especial á Quito para que entendiera en la obra de su pacificación ínterin se relevaba al conde Ruíz de Castilla y marchaba á Quito el nuevo presidente Molina.

Si Carlos Montufar fué enviado á Quito para asegurar á los dos partidos, su elección, cualesquiera que fueran sus sentimientos, hubiera sido de las más desacertadas, pues el hijo del gran rebelde no era una garantía para los intransigentes, y para aquellos el seguir en bando opuesto al de su padre hubiérale bastado, por la desconsideración que le traía, á hacer imposible su empresa de pacificación.

Pero Carlos Montufar una vez en Quito demostró desde luégo que entendía mandar con los liberales. Empezó por reducir á la nulidad más absoluta al conde Ruíz de Castilla, despidió á las pocas tropas auxiliares que habían quedado, levantó otras nuevas del país, tras de lo cual restauró la antigua Junta revolucionaria,—20 de Setiembre,—colocando de nuevo á su padre á su cabeza, dándole por compañeros también al obispo y otros miembros del clero y la nobleza.

Cuando esto supo el jefe de escuadra Molina en Guayaquil, en donde se hallaba de paso para ir á reemplazar al conde, detuvo la marcha de las tropas de Arredondo y le mandó que fuese á ocupar el puerto de Huarada, mientras mandaba á Quito al capitán del puesto de Guayaquil Villalba para ver cómo se deshacía lo hecho. Pero el pueblo se amotinó ó hicieron que se amotinase al acercarse á la ciudad y en calidad de preso fué á parar á casa del padre Montufar, apresurándose el marqués á protestar de lo hecho por el pueblo y procurando ganarle á su partido. Villalba aparentó ceder á sus instancias para enterarse de lo que había en el fondo del movimiento de Quito y á su vez enterar de todo al presidente Molina, pero éste, sabiendo lo ocurrido á Villalba, envió á Quito al coronel Bejarano tachado ya de desafecto esperando por él llegar á un acomodamiento que hiciera innecesarias las armas. Bejarano procuró desde luégo poner en libertad á Villalba, lo que al fin consiguió, y luégo como Carlos Montufar hubiera salido con fuerzas muy superiores al encuentro de Arredondo que sólo tenía de seiscientos á setecientos hombres, procuró también evitar el combate consiguiendo que Arredondo abandonase su campamento en donde estaba poco

menos que perdido, pues ya se le habían cortado las comunicaciones con Cuenca, en donde se hallaba Molina desde primeros de 1811.

Montufar hijo, envalentonado con aquella retirada, creyó que podía atreverse ya á más, y marchó contra Cuenca al frente de unos dos mil hombres, pero en auxilio de la ciudad acudió diligentemente Aimerich y Carlos Montufar tuvo que retirarse pero no sin pérdidas. Esto sucedía mientras Caicedo atacaba la ciudad de Pasto, pero los pasturos le hicieron pagar caro su atrevimiento, pues le prendieron con casi toda su gente incluso el aventurero americano Macaulay, siendo entrambos jefes fusilados á principios de 1813. Pero estos contratiempos no abrieron á Molina las puertas de Quito. Otro Caicedo, de quien hablaremos luégo, consiguió tenerlas cerradas y poco menos que sitiado á Molina en Cuenca.

Pasemos á la vecina Méjico.

Mandaba en Méjico Iturrigaray, á quien los sucesos de Aranjuez de 1808 disgustaron muchísimo á causa de la caída de su protector Godoy. Así sin entusiasmo, ni con aquel ardimiento con que los altos funcionarios se apresuran siempre á saludar al sol que nace, hizo que se jurase obediencia á Fernando VII. Apenas habían terminado las fiestas y ceremonias verificadas con esta ocasión, cuando le llegó al atribulado virey noticia de lo ocurrido en Bayona.

Al divulgarse la noticia todo fué recelar de la conducta de Iturrigaray, á lo que daba él pretexto con su perplejidad, así el Ayuntamiento de Méjico temiendo una defección, se le presentó el día 18 de Julio de 1808 para decirle «que el derecho de soberanía había recaído en el pueblo, á quien dicho cuerpo representaba, y que habían de cesar todas las autoridades en su ejercicio hasta que hubieran recibido nueva investidura.» Iturrigaray después de protestar de su adhesión á España y á Fernando VII, dijo que consultaría lo que se le proponía con la Audiencia que, naturalmente, le contestó recordándole sus deberes y su obediencia al gobierno nacional de la metrópoli. Pero llegan en 29 de Julio con las noticias de la heroica resistencia que hace España á la invasión, la de la organización de sus Juntas locales, y el Ayuntamiento de Méjico renueva su pretensión que esta vez el mismo Iturrigaray encuentra legítima en vista de lo que se hacía en España.

Propone, pues, ahora el virey al Real Acuerdo la constitución de la Junta, se opone ésta por ilegal, pero el virey pasa adelante, y para la misma se admiten peninsulares y americanos, y también los oi-

dores y alcaldes de Corte. Constituida la Junta, su primer acto fué la jura de Fernando VII, que se celebró con la mayor decisión y entusiasmo por todos, el día 13 de Agosto.

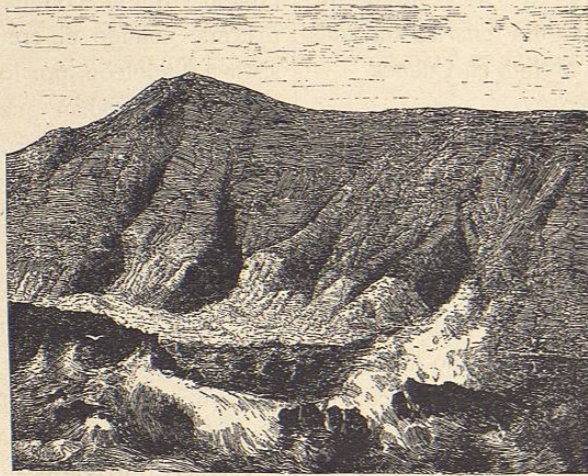
Bien que mal la armonía existía, pues esta armonía se iba haciendo cada vez más difícil al compás de las noticias que llegaban de España, y precisamente á consecuencia de sus comisionados de 1809.

Ya hemos dicho cómo la Junta de Sevilla se llamó desde luégo soberana, y cómo la de Asturias, por sí y ante sí, entabló negociaciones con Inglaterra; pues bien, una y otra Junta mandaron á Méjico instrucciones para asegurar su fidelidad. Esta especie de anarquía gubernamental de la Metrópoli le quitaba al virey la serenidad para resolver con acierto, máxime cuando él creía que no sería posible resistir á Napoleon, por lo que se dejó ganar por los que le aconsejaban que Méjico debía salvarse por sí misma. Esto puso resueltamente en contra suya á la Audiencia, que decidió deshacerse de un hombre que estaba dispuesto á reunir un Congreso mejicano, y, echando mano de Yermo, gran contratista y especulador, éste dirigió el movimiento, por el que se obtuvo, el 15 de Setiembre de 1809, la destitución del virey. Retiróse éste, y la Audiencia nombró virey interino al mariscal de campo Pedro Garibay.

Cuando Iturrigaray llegó á España y se presentó á la Junta de Sevilla, á la que trajo ocho millones de duros que se habían embarcado en el navío *San Justo*, que le había conducido, se comprendió que el gobierno de partido inaugurado por Garibay podía producir funestos resultados, amén de que no era conveniente dejar á Méjico en manos de una autoridad revolucionaria é ilegítima; pero en mal hora se ocurrió á los directores de la política oír á los que le aconsejaron el reemplazo de Garibay por el arzobispo de Méjico, pues éste creyó buenamente que con pastorales y sermones lograría calmar la sorda agitación que se sentía en España, producida lo mismo por los que ya aspiraban á la independencia de Méjico, que por los que deseaban vengarse del partido dominante. Pero á éste tampoco hubo de satisfacerle el débil gobierno del prelado, incapaz de prevenir una sublevación, y en este sentido se reclamó en la metrópoli el relevo del arzobispo Lizama, y así se hizo; nombrado á mediados de 1809, se le reemplazaba á primeros de año nuevo de 1810 por la Real Audiencia, que fué, indudablemente, la más desatentada de todas las resoluciones, porque si alguien se había significado era el Real Acuerdo.



Con esta medida, y dado el terror que inspira siempre la justicia, no hay duda que se logró por un cierto tiempo contener á los que ya pensaban en un pronunciamiento, pero ahora se había hecho de la justicia un partido, y esto no podía continuar así. Se comprendió esto en la metrópoli, en verdad, cuando ya era tarde, pues al nombrarse en Setiembre de 1810 para virey de Méjico al teniente general Venegas, ya había estallado la revolución, que había de dar por resultado la emancipación de Méjico. Hé aquí lo que se había logrado con los gobiernos de Garibay, del arzobispo y de la Audiencia.



Costa meridional del Perú entre Arica y Mollendo

de Setiembre, dispuso ya el 27 que Calleja saliera de Veracruz para Queretaro con la más gente que pudiera, enviando al mismo tiempo á dicho punto desde Méjico al coronel conde de la Cadena, con algunas tropas y artillería. Mientras estos jefes marchaban para Queretaro, los pronunciados entraban en Guanajato é intimaban al intendente corregidor Riaño, que se había refugiado en la alhóndiga de la ciudad, á falta de otra fortaleza. Pero su resistencia se anunció con su sacrificio y el de su hijo, y Guanajato sufrió todos los horrores de una entrada á saco.

Este triunfo del cura Hidalgo y de su tumultuaria hueste, que ascendía ya á veinte mil hombres, á cuyo frente marchaba un pendón en el que se había pintado á la virgen de Guadalupe, que era la que llamaba á los mejicanos á la rebelión para vengar á Fernando VII, hizo que la revolución se extendiera rápidamente por las provincias de Guadalajara, Méjico y las del Norte. Los indios, fanatizados por

Fué en Dolores en donde dieron el grito, el cura de Dolores, Hidalgo; el corregidor de Queretaro, Abasolo; y los capitanes del regimiento de dragones provinciales Allende y Aldama. Pero, ¿qué grito se dió en Dolores? El de Méjico para España y Fernando VII, y guerra contra los que querían entregar á Méjico á los franceses. Como se ve, el equívoco precedió en todas partes á la declaración de independencia. Venegas hubo de intervenir cuando ya el fuego revolucionario se había corrido por San Miguel el Grande, Chamacuero, Celaya y Salamanca.

Venegas, que había entrado en Méjico el día 14

el cura Hidalgo, corrían á millares á engrosar sus filas, y éste era el elemento que aterrorizaba á las poblaciones, á los blancos y á los europeos.

Venegas, al saber lo de Guanajato, mandó nuevas fuerzas, al mando del conde de la Cadena, pero como Hidalgo había interceptado órdenes enviadas á Calleja, ni éste pudo acudir á donde se le esperaba, ni aquél se atrevió á avanzar solo, quedando así paralizadas las fuerzas del virey, de lo que se aprovechó Hidalgo, dirigiéndose contra Valladolid.

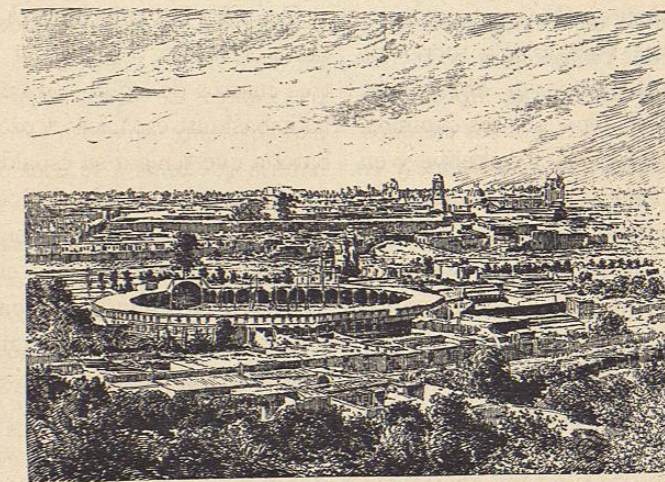
Enterado Venegas de estos contratiempos y del movimiento de Hidalgo, dispuso que salieran para Valladolid, con el coronel García Conde, el conde de Casa Rul y el intendente Merino, con algunas fuerzas, para que se encargasen del mando de la plaza, pero al llegar á la vecindad del pueblo de Acámbaro fueron todos hechos prisioneros, pues habían sido espíados, siendo luégo conducidos á Celaya. Hidalgo entró, pues, sin obstáculo alguno en Valladolid. La guarnición que allí había se le unió, y ya era común

creencia de todos que el triunfo definitivo de Hidalgo era inminente.

Cadena y Calleja, ya reunidos el día 28 de Octubre de 1810, en Dolores, vieron venir sobre Queretaro al enemigo que habían ido á buscar para impedirle su entrada de Valladolid; pero esto no fué sino un falso ataque, pues mientras con aquel engañoso amago se les entretenía, Hidalgo, con su gente, corría furioso contra Méjico, bien convencido de que la capital se le entregaría como Valladolid, ó que la entraría por asalto, como Guanajato. Venegas, enterado de su avance, se dispuso para recibirle organizando algunos batallones y escuadro-

nes de milicianos, enviando, desde luégo, á su ayudante general Trujillo á Toluca, sita á diez y seis leguas de Méjico, para observar á la gente de Hidalgo.

Trujillo no pudo pensar en combatir con la muchedumbre de Hidalgo hasta tomar posiciones en el poco menos que inexpugnable monte de las Cruces, cuya posición se dispuso á defender con sus mil doscientos hombres de todas armas y dos cañones que oportunamente se le habían mandado, habiendo tenido, pues, que cederles constantemente el terreno hasta dicho punto. Trujillo fué atacado el día 30 de Octubre. Durante todo el día se batió



Lima

el denodado ayudante con furia sin igual, haciendo grande destrozo en sus contrarios, pero como la proporción numérica era tan desigual, mientras Trujillo se veía obligado al anoecer á abandonar su inexpugnable posición por haber perdido un tercio de su gente, Hidalgo, con haber sufrido grandes bajas, estaba en disposición de renovar cuantos ataques fueran necesarios hasta no dejar hombre vivo en las Cruces.

Hidalgo, al ver con el día abandonado el punto en donde había perdido tanta gente y veinticuatro horas, emprendió resueltamente la marcha contra la capital yendo á acampar á la venta de Cualximalpa, en donde Trujillo encontró ya en posiciones á Venegas con toda su gente. La resolución de éste, la quietud de Méjico, y la posibilidad de que cayieran sobre sus espaldas Cadena y Calleja junto con la noticia del triunfo de Rebollo, sobre los que le habían atacado en Queretaro, decidieron á Hidalgo á abandonar la conquista de la capital. La revolu-

ción, pues, retrocedía. La hora de su decadencia había principiado, que los movimientos tumultuarios no resisten al primer contratiempo.

Cadena y Calleja, reunidos como ya hemos dicho el 28 de Octubre en Dolores, se fueron en socorro de Rebollo, llegando á Queretaro después del triunfo de éste. Reforzada la guarnición, emprendió Calleja con tres mil caballos y seiscientos infantes la persecución de los que huían del descalabro, alcanzándolos en San Gerónimo de Aculco, en donde les tomó toda la artillería y bagajes, rescatando además á García Conde, Rul y Merino.

Estos triunfos hubieran bastado por sí solos á hacer que desmayara la insurrección, si ésta al mismo tiempo no entrara triunfante, secundada por el conde de la Laguna de Zayagua, en Zacatecas, Aguas Calientes y otras poblaciones, y finalmente en San Luis de Potosí, gracias á la insuficiencia de su guarnición, cogiendo riquísimo botín. Por la misma razón la entrada de Calleja en Guanajato